

Mejorar la celebración _____

VIVIR LA EUCARISTÍA QUE NOS MANDÓ CELEBRAR EL SEÑOR (III)

PEDRO FARNÉS

LA ELEVACIÓN

En nuestro último comentario (*Liturgia y Espiritualidad*, junio 1998, págs. 251-263) subrayábamos la importancia de los gestos del Señor –*tomar el pan y el cáliz*– gestos que repite el sacerdote cada vez que celebra la Eucaristía. Se trata, decíamos, de acciones a las que debe darse el máximo realce porque forman parte del rito que nos mandó realizar el mismo Señor. Para realzar estos gestos, decíamos también, es necesario dar a estos gestos aquella marcada unción y solemnidad que los distinga de otros gestos y palabras que, aunque formen también parte de la celebración, están muy lejos de ser su núcleo central. Los gestos y palabras del Señor se han de hacer y pronunciar –dice el Misal de Pablo VI– *como lo requiere la naturaleza* de estas palabras y de estos gestos.

Pero el subrayado y la unción no son aún suficientes para vivir lo que significa y contiene la Eucaristía del Señor. Para lograr la debida vivencia sacramental y subrayado de los ritos centrales de la misa es necesario además velar a fin de que estos gestos y palabras centrales no queden como sumergidos entre aquellos otros gestos y palabras que constituyen únicamente como el marco de la celebración; gestos que deben realizarse ciertamente como figuran en los libros litúrgicos, pero por ser menos importantes deben quedar menos subrayados.

Poner empeño y atención para que lo secundario no absorba lo principal resulta especialmente importante en el ámbito de la Consagración, porque en esta parte de la misa la liturgia latina, a partir de la Edad Media, ha añadido algunos gestos secundarios, que luego se hicieron muy populares y, por diversas razones han relegado a veces a segundo término los gestos

del Señor: nos referimos en concreto a la elevación del Cuerpo y Sangre de Cristo –acciones que ciertamente no se hicieron en la Cena– rito que, frente a las palabras y acciones del Señor, puede obscurecer el sentido primordial de la Eucaristía. Veamos, pues, como surgió y como posteriormente se interpretó y cobró especial importancia la elevación de las Santas Especies en la Misa romana.

1. La Consagración del Cuerpo y la Sangre del Señor en las diversas liturgias

Empecemos señalando un hecho que puede iluminar nuestra cuestión. A más de un lector seguramente le extrañará si decimos que el gesto de elevar el Cuerpo y la Sangre del Señor inmediatamente después de la Consagración es un rito *exclusivo de la liturgia romana*, un gesto que no tiene ningún paralelo en ninguna otra liturgia cristiana.¹ En todas las demás liturgias a las palabras y gestos de la Consagración siguen inmediatamente palabras y gestos alusivos al mandato del Señor de repetir sus gestos como memorial suyo, como gesto rememorativo de su muerte y resurrección, sin que nunca entre la Consagración y el memorial de los misterios salvíficos se interponga ninguna elevación ni adoración de las Especies consagradas por parte del pueblo. Veamos algunos ejemplos de cómo proceden *actualmente*² en este ámbito algunas liturgias católicas:

1 Permítasenos recordar a este efecto que personalmente hemos participado algunas veces en la celebración eucarística en rito hispano-mozárabe y hemos visto que los sacerdotes a quienes se les había concedido celebrar eventualmente en este rito, después de cada una de las dos consagraciones, han añadido espontáneamente la elevación –que no existe en esta liturgia–; tan acostumbrados estaban a este gesto, tan connatural lo juzgaban, que, sin advertir que éste no existe en la misa hispano-mozárabe, lo añadían seguramente de modo inconsciente, como si se tratara de algo connatural y casi necesario en la misa.

2 Creemos que para nuestra finalidad –*Vivir la Eucaristía que nos mandó celebrar el Señor*– más que testimonios antiguos, resulta iluminativo ver cómo celebran hoy la Eucaristía diversas Iglesias, orientales católicas (las liturgias ortodoxas generalmente usan los mismos textos que las católicas). Unidos con nosotros en una misma

Liturgia bizantina: *El sacerdote canta con una voz grave:* Tomad y comed, esto es mi Cuerpo, que se rompe por vosotros, para el perdón de los pecados. *Asamblea:* Amén. *Sacerdote:* Del mismo modo tomó el cáliz, después de haber cenado, diciendo: Bebed todos de él, esto es mi Sangre, la de la nueva alianza, que se derrama por vosotros y por todos para remisión de los pecados. *Asamblea:* Amén. *Sacerdote:* Por eso, cumpliendo el precepto saludable y conmemorando todo lo que aconteció por nosotros: la crucifixión, la sepultura, la resurrección al tercer día...

Liturgia armenia: Él (Cristo) se dirigió espontáneamente a la cruz, salvación del mundo y redención nuestra. Tomando el pan en sus manos santas, divinas, inmaculadas, lo rompió, lo distribuyó a sus discípulos elegidos, sentados con él a la mesa, y les dijo: Tomad y comed: esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros y por todos en expiación y perdón de los pecados. *Asamblea:* Amén. *Sacerdote:* Del mismo modo, habiendo tomado el cáliz, lo ben+dijo, pronunció la acción de gracias, lo distribuyó a sus discípulos elegidos, sentados con él a la mesa, y les dijo: Bebed todos de él; esto es mi sangre, la sangre de la nueva alianza, derramada por vosotros y por todos en expiación y perdón de los pecados. *Asamblea:* Amén. *Sacerdote:* Haced siempre esto como memorial suyo fue lo que nos mandó tu Hijo único que bajando al abismo de la muerte con una carne que asumió de nuestra naturaleza y habiendo destruido victoriosamente las puertas de la muerte...

Liurgia siríaca: En la misma noche en que iba a ser entregado para la vida y salvación del mundo, tomo pan en sus manos santas, inmaculadas y purísimas, elevó su mirada hacia ti, Dios Padre, pronunció la acción de gracias, lo ben+dijo, lo santi+ficó, lo rompió y lo dio a sus discípulos diciendo: Tomadlo y comedlo; esto es mi cuerpo que por vosotros y por todos será roto y entregado para el perdón de los pecados y para la vida eterna. *Asamblea:* Amén. *Sacerdote:* Del mismo modo, después que hubieron cenado, tomó el cáliz, mezcló vino y agua, dijo la acción de gracias, lo ben+dijo, lo santi+ficó y lo distribuyó a estos mismos discípulos

fe y en una misma comunión católica, todas estas Iglesias ensamblan la Consagración de la Eucaristía al mandato *sacramental* del Señor de celebrarla como memorial de sus misterios, *sin intercalar nunca en este momento* nada que distancie la Consagración de memorial del misterio pascual (Los textos que ofrecemos a continuación los traducimos del *Petit Paroissien des Liturgies Orientales*, prologado por el Card. Eugenio Tisserant, Líbano, 1941).

y apóstoles diciendo: Tomad y bebed todos de él: esto es mi sangre, la de la nueva alianza, que será derramada por vosotros y por un gran número y dada para el perdón de los pecados y para la vida eterna. *Asamblea:* Amén. *Sacerdote:* Haced esto en conmemoración mía. Porque todas las veces que comeréis de este pan y que beberéis de este cáliz conmemorareis mi muerte y proclamareis mi resurrección has que yo vuelva. Mientras conmemoramos, Señor, tu muerte, tu resurrección al tercer día, tu ascensión al cielo...

Liturgia maronita: La víspera de su pasión tomo el pan en sus manos sagradas y, levantando sus ojos hacia ti, Dios, su Padre todopoderoso, te dio gracias, lo ben+dijo, lo consa+gró, lo rompió y lo dio a sus discípulos diciendo: Tomad y comed, esto es mi cuerpo. *Asamblea:* Amén. *Sacerdote:* Del mismo modo, después que hubieron cenado, tomó en sus manos inmaculadas este cáliz puro, te dio gracias, lo ben+dijo, lo consa+gró y lo dio a sus discípulos diciendo: Tomad y bebed todos de él: Este es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, sacramento de la fe, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. *Asamblea:* Amén. Kyrie, eleison. *Sacerdote:* Haced esto en conmemoración mía y cuantas veces os reunáis para la fracción del pan y siempre que participaréis en la ofrenda de este cáliz, anunciad mi muerte, proclamad mi resurrección hasta que yo retorne...

Liturgia caldea: Al acercarse el tiempo en el que había de sufrir la pasión y la muerte, en la noche en que fue entregado, tomó el pan en sus manos santas y, habiendo elevado los ojos al cielo, hacia ti, oh Dios, su Padre todopoderoso, te dio gracias, lo ben+dijo, lo rompió y lo dio a sus discípulos diciendo: Tomad y comed todos de él, esto es mi cuerpo, entregado por vosotros para el perdón de los pecados. *Asamblea:* Amén. *Sacerdote:* Del mismo modo, después de la cena, tomo el cáliz puro en sus manos santas y, dándote gracias, lo ben+dijo y lo dio a sus discípulos diciendo: Tomad y bebed todos de él, este es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, sacramento de la fe, que será derramada por vosotros y por todos los hombres, para el perdón de los pecados. *Asamblea:* Amén. *Sacerdote:* Cuantas veces hagáis esto, hacedlo en conmemoración mía. *Asamblea:* Amén.³

³ El memorial del misterio pascual, en la misa caldea, está como resumido en las últimas palabras; una cosa semejante veremos también habitualmente en la liturgia hispana. Posiblemente así era en las más primitivas liturgias cristianas como explicaremos al comentar esta parte de la Plegaria eucarística.

Liturgia copta: Él nos confió este gran sacramento de la piedad, pues habiendo resuelto entregarse a la muerte por la vida del mundo, tomo el pan en sus manos santas, puras, dichosas y vivificantes. *Asamblea:* Así lo creemos. Amén. *Sacerdote:* levantó los ojos al cielo, hacia ti, Padre y Señor de todo, dijo la acción de gracias. *Asamblea:* Amén. *Sacerdote:* Lo ben+dijo, *Asamblea:* Amén. *Sacerdote:* lo santi+ficó, *Asamblea:* Amén, Amén, Amén; lo creemos, lo confesamos, le glorificamos. *Sacerdote:* lo rompió (*el sacerdote rompe ligeramente el pan*) y lo dio a sus apóstoles amados diciendo: Tomad y comed todos de él, esto es mi cuerpo roto por vosotros y entregado por todos para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía. *Asamblea:* Creemos que es verdad. Amén. *Sacerdote:* Del mismo modo, después de haber cenado, tomó el cáliz, lo llenó de vino y agua, dio gracias *Asamblea:* Amén. *Sacerdote:* lo ben+dijo, *Asamblea:* Amén, *Sacerdote:* lo san+tificó, *Asamblea:* Amén, Amén, Amén, lo creemos, lo confesamos, le glorificamos, *Sacerdote:* lo gustó y lo dio a sus apóstoles amados diciendo: Tomad y bebed todos de él: este es el cáliz de mi sangre, la sangre de la nueva alianza, que será derramada por vosotros y entregada por todos, para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía. *Asamblea:* Amén. Creemos que es la verdad. Amén. *Sacerdote:* Cuantas veces comáis este pan o bebáis este cáliz, anunciaréis mi muerte, confesaréis mi resurrección y haréis mi memorial hasta que vuelva. *Asamblea:* Amén. Amén. Amén. *Sacerdote:* Por eso nosotros hacemos el memorial de su santa pasión, de su resurrección de entre los muertos...

Liturgia hispano-mozárabe: El cual, la víspera de su pasión, tomó pan (*toma el pan y eleva los ojos*), dio gracias, pronunció la bendición, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: Esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros. Cuantas veces lo comáis, hacedlo en memoria mía. *Asamblea:* Amén. *Sacerdote:* Lo mismo con el cáliz al final de la cena, diciendo: Este es el cáliz de la nueva alianza en mi sangre que será derramada por vosotros y por todos los hombres en remisión de los pecados. Cuantas veces lo bebáis, hacedlo en memoria mía. *Asamblea:* Amén. *Sacerdote:* Cuantas veces comáis este pan y bebáis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga glorioso desde el cielo. *Asamblea:* Así lo creemos, Señor Jesús. (*Sigue el Post Pridie, pieza variable con sentido a veces de memorial, a veces de epiclesis*).

2. El sentido primordial de las palabras y gestos del relato de la Cena en las diversas liturgias

Los palabras y los gestos que usan las liturgias en los ritos de la Consagración ofrecen un claro testimonio –lo acabamos de ver– de como los cristianos de las diversas iglesias ven el contenido y significado sacramental de la Eucaristía. Desde los mismos orígenes de la Iglesia, cuando los cristianos celebran la Eucaristía, han visto siempre, por encima de todo, la actualización sacramental de la muerte y resurrección del Señor y a través del pan y del vino hacen –para decirlo con palabras de Jesucristo– el *memorial de la muerte y resurrección del Señor*. A través del pan y del vino consagrados contemplan y veneran sobre todo *las acciones que el Señor realizó* en la víspera de su pasión y creen que dichas acciones, no menos que la realidad del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, se hacen realmente presentes en medio de ellos.

El Señor dio gracias –pronunció la antigua Berakáh con que Israel daba gracias a Dios por las maravillas realizadas a favor de su pueblo (especialmente de la salida de Egipto) y culminó la contemplación y acción de gracias de las maravillas divinas con los signos de la mayor de sus maravillas, su muerte y resurrección. Tomó, pues, el pan y la copa y dio gracias porque su Cuerpo era entregado y su Sangre derramada para el perdón de los pecados y como signo de una nueva alianza, la más grande y definitiva maravilla de Dios a favor de los hombres. Los discípulos de Jesús, pues, desde el nacimiento de la Iglesia al celebrar la Eucaristía fueron conscientes de que realizaban lo que hizo Jesús y les mandó repetir, bendiciendo a Dios por sus maravillas y haciendo presente la culminación de estas maravillas divinas con la gran y definitiva maravilla del tránsito de la muerte a la resurrección, inaugurada con el tránsito pascual de Jesús y en la que esperaban también participar. Este es, pues, el sentido fundamental de la Eucaristía.

De aquí –de estos gestos fundamentales del Señor– que todas las liturgias inicien la gran plegaria eucarística con la invitación a dar gracias –*Demos gracias al Señor, nuestro Dios*– y, después de enumerar algunas de estas maravillas,⁴ pasen a relatar y actualizar la maravilla culminante de toda

4 En la liturgia romana, en el inicio de la Plegaria eucarística –en lo que nosotros llamamos prefacio– se explicitan en cada celebración *algunas de estas maravillas*

la historia santa y, con los gestos culminantes de la historia santa que les encomendó realizar el Señor –tomar el pan y la copa– repitan las palabras y algunos de los gestos que realizó el Señor.⁵

Con el deseo, pues, de hacer vivas, evocativas y penetrantes *las acciones y las palabras* con las que el Señor simbolizó y actualizó su Pascua, las diversas liturgias fueron ampliando desarrollando y solemnizando los gestos y palabras sacramentales que hizo Jesús. Al tomar el pan y el cáliz, por ejemplo, multiplican los calificativos de las manos que lo tomaron – santas, inmaculadas, puras, dichosas, vivificantes...–; al tomar la copa, el Canon romano la califica de *preclara*⁶, los maronitas y caldeos dicen *cáliz*

divinas –en las fiestas sobre todo se subrayan las acciones divinas que más relación tienen con el día concreto. En las liturgias orientales el conjunto de la la Plegaria eucarística hace siempre como un resumen global de las principales maravillas (como lo que la liturgia romana hace con las verdades a profesar en el Credo: el Credo nunca subraya el misterio del día). Así como nosotros no variamos ni subrayamos al ritmo del año litúrgico la profesión de verdades de la fe, así las liturgias orientales nunca subrayan las maravillas con relación a la fiesta (es decir, nunca varían el inicio de la Plegaria eucarística en la parte que nosotros llamamos *prefacio*). Pero tanto en Oriente como en Occidente, sean unas u otras las maravillas por las que se bendice a Dios, siempre se termina la bendición o acción de gracias con la maravilla culminante o relato actualizado de lo que el Señor realizó en su misterio pascual: su Cuerpo y su Sangre entregados como nueva alianza para el perdón de los pecados.

5 Los gestos que las liturgias, como hemos visto, no acostumbran reproducir *en este momento* son la fracción y la distribución del pan; estas dos acciones, *muy ligadas entre sí*, se dejan para realizarlas después, uniéndolas ambas, una después de la otra, terminada la Plegaria eucarística. El posponer la fracción del pan al relato fue posiblemente una consecuencia del hecho que la Iglesia desde muy pronto unió en una sola acción de gracias las dos *berakáh* que Jesús hizo: la del pan al inicio de la Cena y la de la copa *después de haber cenado*. Como en la Eucaristía no se da el Cuerpo de Cristo hasta después de consagrar el Cáliz, lo mismo que la distribución, también la fracción del pan se realizan, no al narrar estas dos acciones del Señor, sino terminada la única Plegaria eucarística que ahora incluye las dos bendiciones que hizo el Señor en la Cena. No obstante la liturgia copta además de la fracción de antes de la comunión, conserva, como hemos visto, una primera o *ligera fracción* al mencionar la fracción que hizo el Señor mientras consagraba el pan.

6 El texto original latino dice *hunc preacclarum calicem* con clara alusión al salmo 22,5; la versiones castellana, gallega e italiana traducen el matiz diciendo *cáliz*

puro. Cada una de las acciones del Señor, por otra parte, se recalcan, repitiendo y subrayando con expresiones sinónimas los gestos del Señor –dio gracias, lo bendijo, lo santificó–; el pueblo interviene a cada una de los gestos que evoca el celebrante, uniéndose con diversas aclamaciones –Amén, lo creemos, es la verdad. Estamos, pues, en un contexto muy distinto y distante aún de lo que será más tarde en la Iglesia latina la adoración de la persona de Cristo presente a través de la Eucaristía, tal como se introdujo en los siglos medievales.

Para la mayoría de nuestros fieles la misa –la Consagración– realiza *principalmente* la presencia real de Cristo; para la liturgia, en cambio, lo que fundamentalmente nos mandó hacer el Señor, lo que debe subrayarse principalmente, es hacer presente *las acciones salvíficas realizadas por Cristo, su misterio pascual*. Dicho de otra forma: en la Eucaristía debe celebrarse y contemplarse sobre todo la muerte y resurrección del Señor mientras se nos invita a unírnos a este misterio que se hace realmente presente en la Eucaristía. Adorar el Sacramento es ciertamente legítimo, pero es más coherente con la naturaleza de la celebración –resulta más fiel a lo que nos ordenó el Señor– dedicar el momento de la Consagración a hacer el memorial de las acciones del Señor. Otros momentos y otras ocasiones –la exposición solemne del Santísimo, sobre todo, o la oración ante el sagrario– son espacios más apropiados para la adoración al Señor realmente presente que el momento de la consagración en el que los fieles deben esforzarse por *vivir la Eucaristía que nos mandó celebrar el Señor*, con los mismos acentos que tiene el sacramento.

3. La elevación del Cuerpo y Sangre del Señor unida a la Consagración

El gesto de elevar el Cuerpo y la Sangre del Señor *a continuación de la Consagración* puede parecernos hoy un gesto natural; no obstante, como hemos visto, se trata de un rito exclusivo de la liturgia romana e, incluso por lo que se refiere a esta liturgia, es un gesto relativamente moderno. En

glorioso; la francesa habla de *coupe incomparable*; la catalana omite lastimosamente todo calificativo.

ninguno de los Sacramentarios (ss. VII-XI) ni en ninguna de las largas descripciones rubricales de los siglos VII-X –los llamados *Ordines Romani*– tan llenas de detalles ceremoniales, nunca hay la menor referencia al gesto de la elevación.

La elevación que sigue a la Consagración no se deriva ciertamente de los gestos de Jesús, pues él no elevó ni el pan ni el cáliz para que fueran adorados. Ni se deriva tampoco de la práctica de la Iglesia, pues como hemos visto, ninguna de las liturgias –a excepción de la romana– posee tal rito y la romana lo conoce únicamente a partir del s. XII. ¿Cómo, pues, y de qué manera o por qué motivos se introdujo en la misa romana la elevación y cómo se conjuga este gesto con el conjunto y con el significado de la celebración eucarística? Muchas fueron las causas influyentes en la introducción de este nuevo gesto: razones litúrgicas, teológicas y devocionales. Exponerlas, aunque sea brevemente, ayudará a comprender mejor el gesto y a situarlo más correctamente en la dinámica fundamental de la misa para vivir mejor *la Eucaristía que nos mandó celebrar el Señor*.

4. La elevación vista desde la historia

Remotamente el rito de la elevación se originó a partir del gesto del Señor que *tomó el pan*. Los primeros testimonios escritos que hablan de una cierta elevación del pan hacen más bien referencia a *tomarlo* que a *elevarlo* y se sitúan *antes* de consagrarlo. Podemos decir incluso que la elevación se origina del equívoco de la expresión latina *elevare*. El verbo latino *elevare* en los textos más antiguos que acompañan la plegaria eucarística significa *tomar de sobre el altar*; sólo posteriormente se interpreta como *elevare* en el sentido que hoy ha adquirido la palabra. Así, por ejemplo, leemos en un misal de Langres del s. XIII:

El sacerdote *eleva* la hostia (es decir la toma con sus manos de sobre el altar) y la consagra diciendo: El cual (Jesús) la víspera de su pasión, tomó el pan... Porque esto es mi Cuerpo. A continuación *eleva* (también con el sentido de *tomar* en sus manos) el cáliz y lo consagra diciendo: Del mismo modo, después de haber cenado, tomó este cáliz glorioso... Haced esto en conmemoración mía.

Este uso que interpreta la palabra *elevare* en el sentido *tomar el pan y el cáliz* antes de consagrarlos quiere pues imitar el gesto del Señor; en manera alguna se refiere a presentarlos *al pueblo* una vez consagrados en vistas a su adoración. Con este significado la palabra *elevare* se conserva en muchos lugares hasta el s. XIV. Así, por ejemplo, figura aún en el *Ordo missalis secundum consuetudinem romanae curiae*, manuscrito del s. XIV: ⁷

El sacerdote toma toma reverentemente la hostia y la eleva con ambas manos sosteniéndola así hasta el comienzo de la consagración del cáliz, es decir, hasta llegar al *Del mismo modo, después de haber cenado*.

El sentido, pues, de esta rúbrica es claro: el sacerdote coge el pan y lo tiene en sus manos hasta terminadas las palabras de la consagración. Dichas estas palabras deja el Cuerpo del Señor sobre la mesa y pasa al relato de la consagración del cáliz. Esta ausencia de toda alusión a la elevación del Cuerpo de Cristo para mostrarlo a los fieles la encontramos durante mucho tiempo aún en los misales tanto romanos como franciscanos, incluso en los de la Capilla papal de Aviñón, durante mucho tiempo.

La costumbre de elevar la hostia después de la Consagración no nace hasta el siglo XIII. Un misal manuscrito de París, de la primera mitad de este siglo, es el que por vez primera alude al gesto de la elevación del pan ya consagrado en vistas a que el pueblo pueda adorarlo. En este manuscrito puede leerse:

*Dicho el Acepta y bendice esta ofrenda el sacerdote toma el pan y lo eleva hasta el pecho mientras dice: El cual, la víspera de su pasión ... Porque esto es mi Cuerpo. Dichas estas palabras hace la elevación. Después el celebrante coloca el Cuerpo en su lugar y descubre el cáliz*⁸

El nuevo uso consiste, pues, en que el celebrante, una vez pronunciadas sobre el pan las palabras *Esto es mi cuerpo* eleva la hostia para mostrarla al pueblo. La costumbre se extiende rápidamente, aunque, como ya

7 Biblioteca Nacional de París, lat. 826; Cf. V. Leroquais, *Les Sacramentaires et les missels manuscrits des bibliothèques publiques de France*, p. 202).

8 V. Leroquais, o.c. p. 66.

hemos notado, en no pocos lugares en el siglo XIV aún se desconoce esta elevación del pan consagrado.

En el siglo XIV nace una tercera costumbre: a la elevación del pan consagrado se añade ahora la del cáliz. Así figura, por ejemplo, en un misal de Luçon de finales de este siglo:⁹

El sacerdote, tan pronto como la hostia ha sido consagrada, la eleva con las dos manos para que el pueblo que está detrás de él, pueda verla. Con todo no debe volverse hacia los cuatro puntos cardinales, haciendo un círculo para mostrar la hostia en todas direcciones, ni debe prolongar la elevación, sino que inmediatamente después de haberla elevado debe colocarla con las dos manos sobre el corporal. Puesta la hostia sobre el corporal, el sacerdote descubre el cáliz diciendo: Del mismo modo después de haber cenado... para el perdón de los pecados. Aquí debe elevar el cáliz y mostrarlo al pueblo como queda dicho de la hostia, e inmediatamente lo deja sobre el altar y lo cubre con el corporal diciendo: Haced esto en conmemoración mía¹⁰.

Así, pues, en el curso de los ss. XIII-XIV se suceden rápidamente tres usos diversos y estos tres usos se dan incluso en la misma liturgia papal. Así el antiguo uso –no hacer ninguna elevación de las santas especies– lo encontramos en los sacramentarios y *Ordines Romani* anteriores al siglo XIII; el segundo –elevar únicamente el pan consagrado– aparece en el *Ordo Romanus* de tiempos de Gregorio X (1276) y finalmente el tercer uso –elevar tanto el pan como el cáliz– en el *Ordo Romanus* de Clemente V (1311).

9 V. Leroquais, o. c. p. 205.

10 El uso anterior –elevar únicamente el Cuerpo del Señor– persevera en muchos lugares por largo tiempo. Así, por ejemplo, en España en el Ritual impreso de Barcelona de 1501 aparece aún únicamente la elevación del pan, no la del cáliz. Después de la consagración del pan la rúbrica de este Ritual dice: *Aquí (dichas las palabras de la consagración del pan) eleve el Cuerpo de Cristo de tal forma que pueda ser visto por los presentes*. Consagrado el cáliz, en cambio, nuestro Ritual dice simplemente: *Aquí coloca el cáliz sobre el altar y prosigue*: Por eso, Señor, nosotros, tus siervos... (*Ordinarium Sacramentorum Barchinonense* 1501. Edició facsímil, Barcelona Institut d'Estudis Catalans, 1991, p. 54.

5. La elevación vista por los teólogos

Como hemos visto el rito de la elevación se introduce y se propaga rápidamente en la Iglesia latina a partir de siglo XIII y parece que tiene su origen en París. No puede olvidarse a este respecto que nuestro siglo es también el del nacimiento de las grandes síntesis teológicas escolásticas que debieron preocuparse de la Eucaristía y el ámbito del nacimiento de las universidades más famosas de la Edad Media. Por ello resulta interesante poner atención en la manera cómo los teólogos vieron el significado del nuevo rito.

Los teólogos no estuvieron muy interesados en los ritos tradicionales; aceptaron simplemente en vistas a la piedad las pobres explicaciones alegóricas que estaban en el ambiente. Con todo, desde un punto de vista teológico, centrados como estaban en la presencia real y substancial de Cristo a través de la Eucaristía, la antigua costumbre de elevar el pan *antes de consagrarlo* imitando simple y sacramentalmente el gesto del Señor —*tomó el pan en sus santas y venerables manos*— les pareció una anomalía. Es verdad que la rúbrica que aparecía en algunos de los misales (en los antiguos Sacramentarios no acostumbraba aparecer rúbrica alguna en este momento) se decía que el sacerdote debía elevar el pan *ante pectus* (es decir *un poco*) pero no faltaban celebrantes que ampliaban desmesuradamente el gesto.¹¹ De esta forma el hecho de elevar desmesuradamente la hostia antes de su consagración podía hacer creer a los fieles que se trataba del Cuerpo del Señor cuando era simplemente pan.

11 Es lo mismo que acontece hoy: el misal, como luego veremos, habla de *mostrar* el Cuerpo y la Sangre del Señor; pero no faltan celebrantes que los elevan exageradamente y los sostienen elevados largamente o incluso los muestran a la manera de la misa papal en todas direcciones... Si los celebrantes del s. XIII caían en el despropósito de hacer adorar el sacramento antes de su realización, los de hoy, intercalando una *exposición* del Santísimo en el interior del Memorial del Señor, dequilbran el sentido de la *Eucaristía que nos madó celebrar el Señor* como memorial de sus misterios, no como un espacio de adoración a la Eucaristía. Realizar los gestos litúrgicos como aparecen descritos en que los libros de la Iglesia puede ser garantía —sobre todo en nuestro tiempo en que los libros han sido cuidadosamente revisados— de no entremezclar visiones personales con la celebración (y a veces incluso con misma la fe) de la Iglesia

Para corregir esta anomalía una prescripción sinodal del obispo de París, Sully (+ 1208), se pronunció en estos términos:

Se manda a los presbíteros que, cuando en el Canon empiecen a decir *El cual, la víspera de su pasión*, al coger la hostia no la eleven tan alto que el pueblo la pueda ver, sino que la sostengan a la altura del pecho hasta que hayan dicho *Esto es mi Cuerpo* y entonces la eleven para que pueda ser vista de todos.¹²

El sentido del decreto sinodal es claro; debe evitarse inducir a que se adore lo que simplemente es pan. Pero en el trasfondo del decreto se manifiesta además otra cosa: el sacerdote debe elevar la hostia después de la consagración *para que pueda ser vista por todos*. Sully con su decreto sinodal quiere evitar la idolatría que significaría adorar el pan; pero sin duda persigue también otra finalidad: desea responder a la devoción del pueblo que en este tiempo ansía ver la hostia consagrada como veremos en el apartado siguiente; y este deseo de ver la hostia llega a la larga a modificar un tanto la misma perspectiva de la misa y el significado más pleno de la Consagración.

Por otra parte la teología escolástica de la Eucaristía centra progresivamente su atención sobre todo en la presencia real de Cristo y se preocupa menos del significado de la celebración y de sus gestos como tales. A este respecto no pueden menos de llamar la atención dos hechos: a) la poca incidencia que tuvo el pensamiento ordenador de la gran teología del siglo de las Universidades en la explicación de la misa¹³ y b) la manera como dividían la misa los escolásticos: preparación, instrucción, oblación, canon, comunión y acción de gracias. El punto más flaco y el que aquí más nos interesa es el hecho de que el Prefacio –inicio de la gran Acción de gracias que viene del mismo Señor– queda considerado como parte del ofertorio y la Plegaria Eucarística –el Canon– lo miran desde la única perspectiva de la Consagración y empieza después del Sanctus.¹⁴

12 MANSI, t. XXII p. 682 .

13 Ésta fue explicándose a base de las alegorías, con frecuencia estúpidas, de la época anterior; el gran libro para explicar la misa continuó siendo por mucho tiempo el *Rationale Divinorum officiorum* de Durando.

14 El hecho de que los misales en este tiempo conviertan y adornen la T del *Te igitur*

6. La elevación vivida por el pueblo como culminación de la misa

Este apartado es importante –quizá el más importante para merojar hoy la celebración y vivencia de la misa– por cuanto no pocas de las ideas medievales que vamos a señalar perseveran aún en nuestras maneras de concebir y vivir la misa. A partir, en efecto, de los siglos medievales el pueblo fue perdiendo el sentido sacramental o simbólico de las acciones que el ministro realizaba para obedecer el mandato del Señor –*Haced esto en conmemoración mía*– y los fieles se fueron acostumbrando a mirar la misa como un espectáculo alegórico de algunas escenas de la pasión del Señor (la asamblea deja el canto para los clérigos o posteriormente para los coros, los fieles dejan de comprender la lengua de la celebración, el pueblo deja de comulgar¹⁵). Como consecuencia de todo ello el interés de los asistentes se va centrando progresivamente en la contemplación del Señor –*¡ver la hostia!*– presente a través del pan consagrado. Por otra parte en este tiempo nace también la herejía de Berengario (+ 1088) que niega la presencia real y obliga con ello a que la Iglesia insista en esta realidad.

No nos es posible extendernos aquí sobre lo que representó en este contexto el deseo de ver la hostia. La participación en la misa por la comunión se substituye por la práctica de mirar la hostia; la celebración eucarística se convierte cada vez más en el advenimiento de Cristo que durante la elevación se admira y se adora desde lejos y los fieles pierden la costumbre de comulgar incluso en los domingos y fiestas; el pan fermentado, usado hasta este tiempo, se convierte en las hostias blancas, más bellas para ser contempladas, las pocas veces que se comulga se hace de rodillas y sin que nunca las manos de los laicos tocan el cuerpo del Señor, se prescinde de la fracción (gesto que nos viene del Señor) y el canto para acompañar la fracción (el *Agnus Dei*) pasa a ser un conjunto

en una imagen del Crucificado habla por sí mismo de lo que se piensa del Prefacio como pieza no perteneciente aún al Canon o Plegaria eucarística.

15 Recuérdese que en este tiempo el Conc. IV de Letrán se ve obligado a mandar la comunión por lo menos en Pascua.

de jaculatorias que dice incluso el celebrante;¹⁶ durante la elevación resuenan las campanas, el pueblo se arrodilla, nacen jaculatorias e incluso los cantos comunitarios o individuales para el momento ahora culminante de ver la hostia (un decreto de fines del siglo pasado prohíbe estos cantos de adoración durante la elevación), la contemplación de la hostia se equipara prácticamente a la comunión y se llega a discutir si no constituiría pecado que un pecador mirase la hostia santa.¹⁷

Más tarde, en algunos rituales, por ejemplo en el de Barcelona de 1501, se da casi una equivalencia entre dar el Viático al moribundo o llevarle la hostia para que la contemple y la adore antes de morir.¹⁸ Digamos aún que hasta la reforma litúrgica del Vaticano II los gestos externos de la exposición del Santísimo eran más solemnes que los de la celebración de la Misa¹⁹... A nadie puede extrañar que todo este conjunto de prácticas, predicadas y vividas durante siglos, haya marcado a los fieles y tenga sus ecos aún entre el pueblo, sobre todo entre los fieles más piadosos. Evidentemente ni se debe violentar la sensibilidad popular –como en más de una ocasión se ha hecho en la adopción de la reciente reforma litúrgica–²⁰ ni se debe modificar ninguno de los ritos legítimamente establecidos en los libros actuales. Pero sí que, en cambio, teniendo presente que en las celebraciones, con el correr de los tiempos, se han introducido a veces *elementos que no corresponden bien a la naturaleza de la liturgia* (Sacr. Conc., núm. 21) –en nuestro caso la valoración superior de la elevación y adoración de las Santas Especies sobre las palabras y gestos de la Consagración– hay que hacer un esfuerzo por reequilibrar el binomio consagración-elevación con la doble fidelidad al significado

16 Como *ilegítimamente* aún hacen no pocos celebrantes (Cf. *Ordo Missae*, 17b; 56e)

17 JUNGSMANN, *El Sacrificio de la Misa* 3, BAC, Madrid, 1959, (p. 148).

18 Cf. *Ordinarium Sacramentorum Barchinonense*, edición citada, p. 120.

19 Los cirios para la Exposición, por ejemplo, eran por lo menos 12, para la misa 2; en la Exposición y Bendición era obligatorio –aunque sólo hubieran unos pocos fieles– el canto, la misa, en cambio, podía ser totalmente rezada, etc.

20 Cf. JUAN PABLO II, *Vicesimus Quintus Annus*, núm. 11, PARDO, *Enchiridion*, pp. 95-96).

primordial de la *Eucaristía que nos madó celebrar el Señor* y a la normativa renovada por el Misal de Pablo VI.

7. La consagración-elevación en los Misales de san Pío V y de Pablo VI

No puede negarse que, como era de esperar, desde el Misal de S. Pío V al de Pablo VI ha habido un verdadero progreso en las maneras de presentar la consagración-elevación. En líneas generales podremos decir que el cambio ha obedecido a dos aspectos: a) el paso del rubricismo a los gestos sobrios y litúrgicamente significantes y b) la valoración de la Consagración (gesto divino) por encima de la elevación (adición eclesial latina). Señalemos únicamente algunos detalles.

Misal de S. Pío V: ²¹ Para pronunciar las palabras de la consagración el celebrante pone sus codos sobre el altar—se busca una postura que, aunque poco estética—asegure mejor que el celebrante diga *exacta y cómodamente* las *verba essentialia*; estas se ven consiguiientemente casi separadas del la Plegaria eucarística. Inclina además la cabeza. Dice las palabras de la consagración *clara, reverentemente y en secreto*. Pronuncia las palabras *sobre la hostia o sobre las hostias* (preocupado sobre todo por la validez). Consagrado el pan lo adora y lo *eleva tanto cuanto pueda hacerlo cómodamente* (con el cáliz hace los mismos gestos).

A estos gestos habría que añadir los que señala el Ceremonial de obispos de Clemente VIII (1600): varios ceroferarios, terminado el Sanctus (en vistas por tanto no a la Plegaria eucarística sino a la Presencia real) rodean el altar.

Misal de Pablo VI: Las palabras del Señor han de pronunciarse con claridad, como lo requiere la naturaleza de las mismas. Al empezar el relato y aludir a que el Señor tomó el pan, *toma el pan y, sosteniéndolo*

²¹ *Ritus servandus*, VIII, 5.

Ordinario de la Misa, rúbrica 104 (en la descripción de la *Institutio* que encabeza el misal no se dan detalles al respecto).

un poco elevado sobre el altar, continúa el relato. En el Canon Romano eleva los ojos al aludir a este gesto del Señor. Mientras el celebrante pronuncia las palabras de la Consagración *se inclina un poco*. Consagrado el pan, *lo muestra al pueblo* (no se alude a elevarlo; sí se alude, en cambio a este gesto en la doxología *Por Cristo, con él y en él*) y *lo adora haciendo genuflexión*. (Con el cáliz hace los mismos gestos).

El Ceremonial de obispos de Juan Pablo II no alude a los ceroferarios; ello no significa, con todo, que hayan sido abolidos. Con satisfacción vimos en la misa papal de la creación de los últimos Cardenales (22-II-98) que los ceroferarios se colocaron junto al altar no en el momento de la Consagración sino desde el inicio de la Plegaria eucarística, al empezar el Prefacio

8. Algunas conclusiones

Después de trazar a grandes rasgos los avatares por los que han discurrido desde los siglos medievales hasta el Misal de Pablo VI, se impone una breve reflexión en vistas a la práctica de cómo realizar más expresivamente los gestos del Señor y los ritos que hoy acompañan en la liturgia romana esta parte central de la Eucaristía. El espacio no nos permite más que unas breves sugerencias; si la oportunidad lo permite, en otra ocasión completaremos lo que aquí sólo podemos insinuar.

Lo primero que se impone es dar la primacía a los gestos del Señor, hacer presente y visible lo que él hizo como memorial de su muerte y resurrección. Tomar el pan y el cáliz solemne y expresivamente, no separando el relato de la Plegaria eucarística, pero dando, eso sí, como advierte la rúbrica, el máximo realce a las palabras que son *culminación* de toda la Plegaria-memorial y que por ello deben pronunciarse de forma distinta.

Lo segundo es no convertir de hecho la elevación como una exposición del Santísimo; así lo realizó el siglo XIII y este camino hay que desandararlo como sugiere —aunque sea aún tímidamente— el Misal de Pablo VI. Se necesita aquí mucho tancito para no herir la piedad o sensibilidad de los fieles; es una advertencia muy sabia de Juan Pablo II en *Vicesimus*

Quintus Annus (la hemos citado más arriba²²) que no siempre se ha sabido realizar en los días de la reforma.

Las elevaciones del Cuerpo y Sangre del Señor y los silencios prolongados en este momento no son oportunos: hacen de la elevación casi como un rito aparte.

Pensaríamos que el sonido del órgano durante la elevación ni es oportuno —separa nuevamente la elevación del resto del Canon y le da una cierta autonomía— *ni tan sólo creemos que sea jurídicamente lícito*: durante las oraciones presidenciales, en efecto, el órgano debe permanecer en silencio.²³ Y ¿acaso la Consagración —en la que está injertada la elevación como rito secundario y explicativo— no forma parte de la oración presidencial por excelencia?

A la incensación durante la elevación puede dársele un sentido de ofrenda: el Cuerpo y Sangre del Señor se entregan al Padre y el sacrificio eucarístico sube a su presencia en olor de suavidad. No obstante, dado que los momentos de incensar durante la misa ahora son libres²⁴ (creeríamos que el incienso durante la elevación es obligatorio únicamente en la misa estacional) y puede usarse el incienso en todas o sólo en algunas de las ocasiones en las que su uso está previsto, quizá no usarlo habitualmente durante la elevación alejaría el peligro de que el rito de la elevación continuara interpretándose sobre todo como una exposición solemne.

Digamos para terminar que hay un gesto algún tanto difícil de realizar equilibradamente pero que se debería poner esfuerzo en realizarlo de modo expresivo: es la inclinación que debe hacer el celebrante mientras pronuncia las palabras del Señor. Ya hemos notado más arriba que el misal de S. Pío V prescribía un gesto realmente poco estético, seguramente determinado en vistas a facilitar una actitud que *asegurara la validez de la Consagración* (!). Como “contestación” a aquel gesto muchos celebrantes casi se esfuerzan en decir las palabras de la Consagración *con*

22 Cf. Nota 20.

23 IGMR, núm. 12

24 Cf. IGMR, núm. 235.

naturalidad, sin distinguirlas apenas —o en absoluto— del resto del relato. Una inclinación leve, pero realizada con gran respeto y unción ¿no significaría eficazmente que la Plegría eucarística ha llegado a su punto culminante? ¿No vendría a ser casi un antídoto contra toda visión de *poder mágico* del celebrante? Este gesto bien realizado ¿no podría pasar a ser una especie de epiclesis en gestos con la que el celebrante pidiera humildemente la intervención del Espíritu para que obrara a través de las palabras de Cristo que el ministro pronuncia únicamente en su nombre y con su poder?

PEDRO FARNÉS
(Barcelona)

Nota de la redacción

En el número 6 (junio de 1998) de nuestra revista *Liturgia y Espiritualidad*, página 280, la obra de Dom Andrés Azcárate, O.S.B., comentada por el P.M. Garrido, O.S.B., se titula exactamente: “La flor de la Liturgia”.